

Olvido y memoria

La evolución del discurso del holocausto en Estados Unidos y su influencia en la comunidad judía norteamericana (1945-1980)

Carlota Matesanz Sanchioli

Universidad Complutense de Madrid

Entre 1881 y 1911 un millón de emigrantes judíos llegaron a Norteamérica, mientras que la Segunda Guerra Mundial enviaría innumerables exiliados y refugiados a esas mismas costas. Desde entonces, la Comunidad Judía estadounidense fue creciendo y asentándose en el país, evolucionando desde un periodo de integración inmerso en la lucha anticomunista durante la Guerra Fría, hasta los años sesenta y setenta de donde fue emergiendo con una identidad más formada. Escalando puestos sociales y entrando a formar parte de la intelectualidad americana, fue generándose un colectivo que observó y contribuyó no sólo al crecimiento de una industria del Holocausto y de perpetuación de la memoria; sino al asentamiento de una comunidad fuerte cuya influencia nacional y papel internacional tras la Guerra de los Seis Días ha sido clave para entender las diferentes identidades de lo judío en los Estados Unidos.

No obstante, esa posición de preeminencia en la sociedad y la política norteamericanas con las que cuenta la Comunidad Judía norteamericana no vino únicamente granjeada por la robustidad de sus instituciones y su presencia entre la élite, sino que su posición pública fue otorgada en gran medida también por la coherente construcción interna del Holocausto como símbolo de su cruzada, cuya influencia ha permitido otorgar un estatus de víctima a la comunidad étnica más exitosa de América. Este trabajo pretende analizar las grandes visiones y la evolución del discurso del Holocausto en su perspectiva conceptual e identitaria. Así como su formulación como un importante elemento de influencia en el desarrollo de la Comunidad Judía en el contexto de la dinámica norteamericana entre 1945 y 1980.

1. El silencio (1945-1960)

1.1 El clima de la posguerra

Al término de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, el Holocausto Nazi no formaba parte central de la vida americana. La dramática muerte de seis millones de judíos, los campos de concentración y la solución final apenas tenían un efecto obvio en la sociedad estadounidense; y sin duda no existía una industria dedicada a mantener la memoria del Holocausto. La explicación más popularmente extendida es que los judíos habían intentando suprimir la memoria del Holocausto como respuesta al trauma, o que la sociedad americana estuviera, quizá, avergonzada de su respuesta ante este suceso. No obstante, los dos autores clave del análisis del discurso en Estados Unidos, Norman Finkelstein (2000, p.13) y Peter Novick (2007, p.101), aducen que la auténtica razón del apabullante silencio acaecido durante los años cuarenta y cincuenta fueron tanto las políticas conformistas de los líderes judíos norteamericanos, como el mismo clima político de la América de la posguerra

La extendida denominación de *Holocausto* para definir el evento genocida contra los judíos desarrolló su estatus normativo entre finales de los cincuenta y principios de la década siguiente, no

obstante, durante el periodo de posguerra y hasta bien entrada la década de los años sesenta el Holocausto no tuvo un papel significativo (Finkelstein, 2000, p.12) a pesar de que en opinión de Primo Levi (1995, p.207), desde el fin de la guerra gran parte de los supervivientes estuviesen interesados en hablar sobre este tema aunque, fuera poco recomendable en el nuevo entorno socio-político. Novick y Finkelstein, que podemos integrar como representantes de la teoría denominada como *Myth of silence* (*Mito el silencio*), proponen en efecto que la sociedad americana y la Comunidad Judía olvidaron conscientemente el Holocausto, imposibilitando así su aparición y cualquier tipo de debate derivado de ello en el espacio público o privado, al menos hasta la década de los sesenta, con el juicio de Eichman y sobre todo la Guerra de los Seis días en 1967.

Lo cierto es que antes del famoso (y polémico) *Eichmann en Jerusalén* de Hannah Arendt en 1963, fueron *The Final Solution* de Gerald Reitlinger en 1953 y más adelante *The Destruction of the european Jews* de Raul Hilberg en 1961, dos de las pocas publicaciones significativas que se encontraban en el panorama norteamericano tratando con el tema del Holocausto, contando ambos con poca acogida académica y social en un ambiente que mostraba también un limitado interés por los sucesos del genocidio judío. Estas obras situaban la figura del judío en la dinámica nazi, entendidos como un objeto de menor importancia dentro del estudio de la cuestión alemana en general (Michman, 2004, p.329). Tampoco existían en aquel momento numerosas obras que lidiasen con la identidad judía en América siendo la más importante *American Judaism* de Nathan Glazer publicada tan tarde como 1957 y en la que el propio Glazer (1957, p.114) esgrimía que ni el Holocausto ni la creación de Israel tuvieron un gran impacto en la vida de la Comunidad Judía Norteamericana, a pesar de que las dos razones comúnmente propuestas en la época para el *revival* religioso judío de la época eran, precisamente, el genocidio y el sionismo.

Ante esta situación, la pregunta que se puede plantear es ¿por qué tras la guerra el Holocausto y su posible impacto identitario no suscitó un mayor interés en la vida americana? Por un lado, teniendo en cuenta la importante cantidad de judíos emigrantes de segunda generación que vivían ya entonces en Estados Unidos y la gran cantidad de exiliados alemanes y europeos que se habían cobijado en América para escapar de la guerra y estaban en proceso de convertirse en ciudadanos. Y por otro, contando con que, como esgrime Hans Küng (1998, p.382), la Comunidad Judía tenía una importante homogeneidad social que había conformado una fuerte clase media, unificando a los judíos de todas esas diferentes ascendencias. En ese sentido, la respuesta más extendida al aparente silencio es que el trauma del Holocausto había provocado una represión de la memoria. Un silencio que Elie Wiesel (Rosenfeld, 2004, p.371) encontraría, en 1968, como la respuesta más apropiada al dilema historiográfico que planteaba el Holocausto. Sin embargo, tanto para Finkelstein (2000, p.13) como para Novick (2007, p.101) no existen pruebas de que los judíos norteamericanos hubieran sufrido un trauma en relación al Holocausto que les llevase a un proceso de represión de la memoria y de consecuente olvido. Todo lo contrario, ambos autores esgrimen de forma bastante explícita que la auténtica razón del silencio acaecido durante los años cincuenta fueron tanto las políticas conformistas de los líderes judíos norteamericanos, como el clima político de la América de la posguerra, donde se iban a producir reestructuraciones ideológicas de hondo calado por las que el Holocausto se convertiría en un incidente inoportuno.

Para Finkelstein (2000, pp.14 y 15), las tres causas principales fueron: primero, que en el contexto de la Guerra Fría y con los intereses de Estados Unidos en Alemania Occidental, la Comunidad Judía se alineó con la postura gubernamental para mantener su posición social; segundo, el hecho de que el recuerdo del Holocausto acabase por considerarse como de tendencia pro-comunista; y tercero, el miedo a poner en duda su lealtad ante la posible doble nacionalidad y conflicto de intereses en relación a Israel. Estas cuestiones también son apoyadas por Novick, sobre todo el hecho de que no resultaba apropiado ni útil para la Comunidad Judía hablar sobre el Holocausto en el contexto de la Guerra Fría, incidiendo en el discurso totalitario.

No obstante, Novick (2007, pp.126 y 127) propone otras razones para el olvido del Holocausto como: la consideración del Holocausto como un hecho histórico terrible (sin la trascendencia moral que alcanzaría más tarde ni su papel como lección universal) dentro del marco de la guerra y por tanto un hecho que generaba aversión (que no un trauma dormido); la cuestión religiosa, esto es, la concepción del Holocausto como un castigo divino y la premisa de la muerte de Dios en Auschwitz; el caso de Hiroshima, que situó al Holocausto como un representante del

pasado y al caos nuclear como el elemento definitorio del inestable futuro; la entrada en el denominado por Henry Luce como *el siglo americano*, lleno de prosperidad, recuperación económica y una mirada positiva hacia el presente; y por último la adquisición del estatus de ciudadanía de los judíos en EE.UU. Tres cuartos de dicha población había nacido en suelo americano, y gran parte de los exiliados fueron normalizados en los cincuenta, lo que les empujó a preocuparse sobre todo por su papel en la dinámica de Estados Unidos, por encima del recuerdo de un hecho trágico que sólo afectaba directamente a una minoría y que había ocurrido al otro lado del mundo.

Lo cierto es que al término de la Segunda Guerra Mundial, los planes estratégicos de Estados Unidos cambiaron diametralmente, el comunismo se convirtió en el nuevo enemigo a batir; y la opinión pública estadounidense tuvo que reorganizarse acorde con las nuevas necesidades del estado. En este contexto, el totalitarismo comenzó a englobar también al estalinismo soviético de la URSS hasta casi monopolizarlo, mientras Estados Unidos desviaba el odio adquirido contra el nazismo hacia la Unión Soviética. En ese proceso de movilización de conciencias, el Holocausto pasó a ser marginado en favor de la teoría del totalitarismo que Hannah Arendt popularizó en uno de los libros clave del siglo XX como es *Los orígenes del Totalitarismo*, y que llevó a reformular a las víctimas del primero como víctimas políticas y no étnicas (Novick, 2007, pp.102 y 103). De hecho, según esgrime Tony Judt (2010, p.84), cuando Arendt publicó su trabajo, muchos lectores no eran capaces de asumir que englobase el régimen nazi bajo el mismo término que el de Stalin. Desde esta perspectiva, Finkelstein y Novick esgrimen que inmersos en el clima anticomunista, las organizaciones judías *olvidaron* el Holocausto porque recordar la Alemania Nazi ya no era un imperativo histórico, sino un estorbo para las necesidades militares y defensivas de una América donde la comunidad judía y sus élites, que buscaba la asimilación y el acercamiento a los círculos de poder, pasaron a situarse en una línea discursiva cercana a los planteamientos políticos de Estados Unidos.

La segunda cuestión es que desde 1949 la Alemania Occidental iba a convertirse en un importantísimo aliado de EEUU en su lucha contra la URSS (Finkelstein, 2000, p.15). Así habría de modificarse también la visión de la nueva Alemania, que estaba siendo reeducada para convivir en democracia, pero sobre todo para servir de bastión, de glacis de seguridad; y para ello había que sentar las bases de un posible futuro rearme. En este nuevo marco, el recuerdo del genocidio judío se aparecía como un constante recordatorio de una Alemania nazi que EEUU estaba intentando por todos los medios dejar en el pasado para favorecer sus nuevos intereses internacionales. La forma de observar el mundo había cambiado, se habían reformulado los enemigos y los amigos, y no sólo para EE.UU. sino también para Alemania Occidental, que en lugar de aceptar y procesar un pasado dramático “se refugió en el anticomunismo compartido con los norteamericanos, [...] y tras el giro de la política norteamericana comenzó un proceso de bagatelización y represión de la culpa” (H. Küng, 1998, p.216).

Bajo este prisma contextual, Enzo Traverso también está de acuerdo con Finkelstein o Novick respecto a la idea de que la Comunidad Judía quería, ante todo, adaptarse a su entorno e integrar a sus miembros como ciudadanos, y no sólo como judíos lastrados por las ideas preconcebidas que aún tenían peso en Estados Unidos y Europa. Para Traverso (Carnagui *et al.*, 2010, p.168) los estigmas son todavía entonces demasiado fuertes al cabo de la guerra como para que lo judío adquiriese un significado de icono o de figura canonizada como ocurriría más adelante, y las comunidades, que no querían ser asociadas con la idea de víctima, rehusaban o se apartaban de actos que las ejemplaricen de dicha forma, como la creación de memoriales, a los que las grandes organizaciones judías se oponían (Finkelstein, 2000, p.13). Desde la perspectiva no-judía, la sociedad americana no concebía dejar espacio a una cuestión como el Holocausto, que había ocurrido en otro continente, frente a otro tipo de memorias dramáticas más cercanas tales como Pearl Harbour o la misma amenaza soviética (Lawson, 2003, p.1), una situación que cambiaría notablemente con el tiempo, hasta que el Holocausto se conformase como una memoria estadounidense.

1.2. El anticomunismo judío en EEUU

En este contexto, los líderes judíos se veían inmersos en la dicotomía de los sentimientos anti-alemanes de gran parte del colectivo y las necesidades prácticas de alinearse con los poderes políticos que permitían mantener la posición preponderante de la Comunidad en Norteamérica. Las organizaciones judías temían que cualquier tipo de oposición a las políticas de relaciones exteriores estadounidenses pudiera hacerles perder los apoyos que habían logrado durante la posguerra y les dejase aislados en la vida social y política del país. Así, el *American Jewish Committee* (AJC) favoreció ampliamente el realineamiento con EEUU; la *American Diffamation League* (ADL) fue la primera en mandar una delegación oficial a la RFA en 1954 y el grupo pro-sionista *World Jewish Congress* (WJC) firmó acuerdos de compensación con Alemania también a principios de los cincuenta (Finkelstein, 2000, p.14).

Al cabo, obsecarse en contra de la restauración del papel de la Alemania occidental en base al Holocausto podía hacer aparecer en la sociedad americana sentimientos antijudíos al entenderlos como un grupo contrario a las necesidades de su patria de acogida. Y a tal respecto, se añadía la problemática del estereotipo que asociaba a la comunidad judía con la izquierda y con el comunismo. Este estereotipo provenía de la Revolución Rusa y de los inmigrantes judíos que llegaron a Estados Unidos durante el periodo de entreguerras, periodo en el que se forjó la imagen antisemita del judío rojo que proliferó en Europa y América y que alimentó la idea de que los judíos tenían inclinaciones pro-soviéticas de forma natural (Novick, 2007, p.108).

Al término de la guerra y de la restructuración de alianzas bipolares, el recuerdo del Holocausto comenzó a asociarse, paradójicamente, con la causa soviética. De manera que cualquier acto anti-alemán era ahora considerado pro-soviético. La respuesta a la hostilidad con que se observaba la vertiente comunista de lo judío fue un potente y radical rechazo a los miembros de la comunidad que pudieran ser tachados de pro-soviéticos y el posicionamiento de las élites judías como vivaz parapeto anti-comunista. Ante la posibilidad de ser asociadas con la izquierda comunista, las élites judías prefirieron apoyar el rearme de la RFA, que en aquellos momentos estaba tan solo levemente desnazificada (Finkelstein, 2000, p.14). Intentando separarse lo más posible de asociaciones dañinas, colaboraron también con las agencias gubernamentales durante el McCartismo (Finkelstein, 2000, p.15), en un momento de la Historia estadounidense en el que el “peligro rojo” había abierto un proceso de manía persecutoria contra los partidarios de la izquierda “que tanta importancia habían tenido durante la guerra contra el fascismo y el nazismo” (C. de la Guardia, 2012, p.336).

De esta forma, la comunidad judía trató incansablemente de desvincular lo judío de lo comunista; a pesar de que alrededor del sesenta por ciento de los miembros del Partido Comunista en EEUU eran judíos (Novick, 2007, p.109), aunque dicho porcentaje sólo constituyese una pequeña cantidad del total de judío-norteamericanos. El número de casos públicos de espionaje tampoco ayudaba: *Amerasia*, *Coplon* o el juicio de los *Rosenberg* pusieron fácilmente a la opinión pública en contra. El problema añadido era que, además, el propio Partido Comunista comenzaría a utilizar el Holocausto como elemento de su política interna y las alegorías del genocidio servirían como postulados en contra, por ejemplo, del rearme alemán. Según Peter Novick (2007, p.109), el mismo juicio de los Rosenberg se entendió como una intromisión del Holocausto en el ámbito estadounidense y se temía que el proceso llevase a generar oleadas de antisemitismo masivo.

El anticomunismo se convirtió en la única defensa posible de la comunidad judía ante los nuevos peligros y “se abrió un lenguaje apologetico y difuminador respecto a la culpa del pueblo alemán” (H. Küng, 1998, p.217). El único lugar seguro para que las élites judías mentasen el genocidio era cuando se trataba de denunciar a la URSS, sus políticas antisemitas y los campos de trabajo en Europa del Este. Ante la necesidad de integrarse y cooperar con las élites políticas de Estados Unidos y separarse radicalmente de los asociacionismos de la izquierda; la comunidad judía encontró una forma de utilizar el Holocausto como arma política anticomunista en las políticas antijudías de la URSS, que abrían una oportunidad para afianzar la postura pro-estadounidense de los judíos de la diáspora y se convirtieron en el núcleo de la política exterior de los judíos norteamericanos (Finkelstein, 2007, p.16).

El proceso de Praga, el juicio de 1952 contra líderes judíos del Partido Comunista en Checoslovaquia, se planteó como una oportunidad clave para disociarse de la corriente comunista a los ojos de la opinión pública, y que sería aprovechada tanto por la AJC como por la revista *Commentary*. Y es que aunque indudablemente las organizaciones judías parecían sinceras en sus protestas, no había duda “de que eran conscientes de las funciones defensivas que tenían sus protestas dentro de Estados Unidos” (P. Novick, 2007, p.115). La muerte de Stalin en 1953 rebajó la preocupación por los judíos soviéticos, pero hasta entonces, *La Solución Final* (siempre y cuando estuviera relacionada con la URSS y no con Alemania) volvió a encontrar su espacio en el discurso público en periódicos como *The New Leader* o en la revista *Commentary*, donde se afirmaba que el objetivo del líder soviético era acabar aquello que Hitler no había conseguido del todo, exterminando a todos los judíos de la Europa del Este (Novick, 2007, p.116).

La lucha por evitar peligrosas correlaciones entre judíos y comunistas se convirtió en la labor principal de las instituciones judías existentes. Pero aunque la comunidad judía se unió a la corriente anticomunista en un intento de defender la integridad de su colectivo, la dimensión nacional tampoco era el único problema. Internacionalmente la creación del estado de Israel en 1948 había planteado otro nuevo problema: ¿podía un judío considerar a Estados Unidos como su auténtica patria ahora que tenían una nación propia? Ante el miedo de una posible doble lealtad, las élites judías, que ya habían decidido dejar atrás el pasado para evitar constituirse como un estorbo político, y las instituciones y organizaciones de este colectivo, se mantuvieron alineadas también respecto a las políticas de EEUU para Israel (Finkelstein, 2000, p.17).

Desde su creación, dicho país no se había planteado como un lugar fundamentalmente estratégico y, en general, había quedado fuera de los planes militares y políticos de Estados Unidos. El estado judío no parecía relevante tampoco para los judío-americanos, de hecho, antes de los años sesenta las únicas figuras públicas judías que parecían tener vínculos claros con dicha nación eran la misma Hannah Arendt y su colega Noam Chomsky (Finkelstein, 2000, p.19). Esta situación cambiaría radicalmente en 1967 con la Guerra de los Seis Días, pero hasta entonces, Israel, si bien no contó con una oposición de la diáspora norteamericana, tampoco contó ni con su apoyo específico ni con su reconocimiento como parte clave de la identidad judía-americana.

2. El recuerdo (1960-1975)

2.1 Eichman y La Guerra de los Seis Días

La década de 1960 y 1970 se combinan entre sí porque pueden entenderse como décadas de transición hacia el periodo de pleno establecimiento del Holocausto en EEUU que supondrían 1980 y 1990. Para Novick (2007, p.143) la década de los sesenta reflejaba un momento en el que la cultura de la Guerra Fría rebajaba su presión a pesar de que la crisis de los misiles haría saltar las alarmas en 1963. El autor propone la muerte de Stalin, la desaparición del McCarthy de la esfera pública, cierta liberalización de Europa Oriental, mayor preponderancia de las críticas a la carrera nuclear y la dificultad de mantener la estructura de movilización ideológica en los niveles de 1945-1955 como los factores que permitieron relajar la presión y terminar con el tabú que suponía la mención del Holocausto.

En este contexto, sería el juicio de Adolf Eichmann en Israel en 1961 el primero de los dos hechos clave para que el discurso sobre el Holocausto se reformulase. El punto clave del proceso judicial fue que éste permitió que por primera vez el Holocausto se considerase públicamente como un ente independiente del resto de acciones nazis, y en Estados Unidos fue “la primera vez que la palabra Holocausto apareció fuertemente vinculada con el asesinato de los judíos europeos” (P. Novick, 2007, p.149). Pero no sólo eso, el juicio de Eichman fue clave en el desarrollo del discurso sobre el Holocausto porque en ese espacio nació el concepto de víctima como una denominación aceptable. El segundo hecho significativo fue la publicación del artículo de Hannah Arendt *Eichmann en Jerusalén* primero y posteriormente del libro sobre *La Banalidad del Mal* centrado en el mismo proceso en 1963. Ambos eventos serían los que revitalizaran la conversación pública sobre el Holocausto de forma radical.

El artículo de Arendt levantó gran cantidad de polémica dentro de Estados Unidos al proponer en su cobertura del juicio para el *The New Yorker* que la resistencia judía había sido escasa y débil, aunque resultaba comprensible. Para Traverso (Carnagui *et al.*, 2010, p.168), la problemática de esta polémica se basaba en un intento de las comunidades judías de integrarse como ciudadanos y alejarse de cualquier posible imagen de victimización. Hasta ese momento la palabra víctima no tenía el valor trascendental de la actualidad, en gran medida porque al término de la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo en el ámbito francés, se había inculcado en el imaginario colectivo la figura del resistente como el héroe nacido de la guerra.

Según Novick (2007, p.155), esta idea también contó con numerosos seguidores en Israel (creación del *Yad Vashem* en 1953) y en Estados Unidos, donde las conmemoraciones del Holocausto existentes allí estaban relacionadas con actos de valor judío, como el levantamiento del Gueto de Varsovia. Por esa razón resulta clave que el juicio de Eichmann significase un punto de giro por el que este tipo de enjuiciamientos pasasen de centrarse en los criminales, como había ocurrido en Núremberg, a centrarse alrededor de las víctimas (Carnagui *et al.*, 2010, p.168). Esto supuso un cambio radical a la hora de narrar el discurso del Holocausto, donde poco a poco esos supervivientes judíos se convirtieron en protagonistas que contaban su historia como damnificados, no como resistentes. Desde ese momento, a principios de los sesenta, fueron los testigos los que ocuparon el lugar de los verdugos como elementos claves del discurso colectivo, siendo sus testimonios los que conformaron una nueva página de la historia antes definida únicamente por los historiadores. Como expone Traverso: “el acto de testimoniar [sería] indisoluble del intento de comprender, sabiendo que eso significa entrar en una zona de sombras que jamás podremos iluminar completamente” (E. Traverso, 2001, p.26). Para Novick (2007, p.162), la victimización permitió tratar el tema del Holocausto en el contexto de la Guerra Fría y el debate generado consiguió liberar del silencio a la Comunidad Judía estadounidense.

El tercer evento clave de la década de los sesenta y que influyó notablemente en la perspectiva sobre el discurso del Holocausto en las décadas siguientes, fue la Guerra de los Seis Días de 1967 y posteriormente la del Yom Kipur en 1973. La guerra de 1967 hizo que tanto EE.UU. como la Comunidad Judía se replanteasen su vinculación con Israel. La fuerte respuesta militar de este país en la guerra le granjeó la amistad de unos EE.UU. que veían ahora a Israel como una puerta de occidente en Oriente Medio y pasaron a incluirlo en su red de aliados estratégicos. Desde ese momento la comunidad y las élites judías en Norteamérica comenzaron también a acercarse a Israel convirtiéndose en los interlocutores naturales entre ambas naciones, y sus instituciones y organizaciones trabajaron por conseguir una alianza duradera entre ambos países (Finkelstein, 2000, p.21)

A partir de la guerra, se produjo un cambio en el discurso sobre el Holocausto, que desde ese momento pasó a incluir a Israel. El Holocausto comenzó a utilizarse cotidianamente por parte de la Comunidad Judía estadounidense como un arma para defender la nación israelita (Novick, 2007, p.26) y las élites judías americanas retomaron el recuerdo público del Holocausto para proteger al nuevo aliado de Estados Unidos (Finkelstein, 2000, p.24). En opinión de Novick (2007, p.167), la cercanía de los judíos estadounidenses a Israel a raíz de 1967 se debía por un lado a una cuestión de conciencia ante la idea de un posible nuevo Holocausto, al observar el aislamiento de Israel y su compleja situación en Oriente Medio; y por otro a la renovada imagen de los judíos israelíes como héroes en vez de víctimas pasivas. Acorde con esto, Traverso (Carnagui *et al.*, 2010, pp.168 y 169) está de acuerdo con esta idea de que la imagen del héroe judío que fue promocionada no sólo en Israel, sino también en Estados Unidos, renovó el interés por un país que podía convertirse en un foco de orgullo para la diáspora. Una iconografía de David contra Goliat que este autor ve como complementaria en su oposición a la de víctima, y esgrime que ambas han coexistido en el espacio público y se han ido utilizando desde los años sesenta, dependiendo del momento y de la situación. Contrariamente, para Finkelstein (2000, p.28), Israel no se encontraba más desamparado entonces que en el pasado; y desde su perspectiva, el discurso del Holocausto no se situó en un lugar central por las razones que expone Novick, sino por cuestiones eminentemente estratégicas, esto es, para aumentar la ventaja con la que contaba Israel para negociar en el conflicto de 1973. Para este autor es precisamente la fuerza de Israel en Oriente Medio, no su aislamiento o el miedo de un segundo genocidio, lo que llevaría a las élites judías a patrocinar una industria del Holocausto desde junio de 1967.

2.2 La instrumentalización del Holocausto

Si 1967 había atraído una atención positiva sobre Israel, 1973 lo había desprestigiado, perdiendo el apoyo internacional por su negativa a devolver las tierras adquiridas. Aún así, desde 1973 el nuevo papel del Holocausto despegó con fuerza, manteniendo a pesar de todo aquello que 1967 había conseguido: el apoyo de las élites judías norteamericanas a Israel, que seguía siendo un aliado de Estados Unidos (Novick, 2007, p.168). De hecho, a lo largo de esa década en adelante los judíos redescubrieron el país, y progresivamente comenzaron a viajar allí de vacaciones, a tener segundas residencias o dobles pasaportes. Mientras, figuras de la intelectualidad judía como Lucy Dawidowicz, que previamente se habían desinteresado por el papel de Israel, pasaron a ser fervientes defensores.

No obstante, ante la aparente pérdida de apoyo internacional de Israel, según Novick (2007, p.172) la respuesta más generalizada por las élites judías fue la de que el Holocausto se había olvidado y en el proceso, la memoria judía se había erosionado. Acorde con esto, esas mismas organizaciones judías plantearon un programa de acción centrado en el Holocausto. En oposición, Finkelstein subraya que Estados Unidos apoyó menos a Israel al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando la memoria del Holocausto estaba más en boga, que en los años setenta, cuando supuestamente el olvido había empezado a causar estragos; por lo que desecha así la teoría de los recuerdos desvanecidos. Para este autor las élites recordaron el Holocausto a la medida de sus necesidades políticas y lo transformaron ideológicamente hasta convertirlo en un concepto con valor propio. Traverso (Carnagui *et al.*, 2010, p.168) coincide con esto cuando esgrime que el estado de Israel comenzó a obtener del Holocausto una legitimación, y entiende dicho evento como una construcción fabricada por una industria cultural, que ha ido evolucionando de forma progresiva y tomando forma desde 1963.

Así, si el Holocausto comenzó a convertirse en un elemento estratégico que generaba un marco moral donde dirimir los asuntos políticos en el ámbito público, en el ámbito privado “la vinculación entre las penalidades de Israel y el Holocausto fue irreflexiva y no premeditada: la asociación se hacía sin ningún cálculo estratégico” (P. Novick, 2007, p.173). Existiendo no obstante una fuerte inversión en generar una cultura consciente del Holocausto a través de los líderes comunitarios, de manera que, con el tiempo, resultaba difícil diferenciar entre aquello que era una respuesta espontánea de aquello que era resultado de una construcción.

3. La memoria (1975-1980)

3.1 La identidad judía en América

Desde finales de 1970 y principios de 1980 el Holocausto iba a situarse por primera vez como un elemento central en la cultura norteamericana tanto judía como no judía, apareciendo como nunca antes en la televisión, la literatura, el mundo académico o recibiendo financiación para la investigación a través de fundaciones. Esta nueva visibilidad del Holocausto respondía a un proceso de *Americanización* heredado de los sesenta por el que el Holocausto comenzaba a convertirse en parte de la vida americana, llegando a su clímax con el proyecto para la creación del *Museo del Holocausto* en Washington en 1979 y que inicialmente sería concebido como una forma de contrarrestar tanto cualquier posible falta de apoyo del gobierno a Israel, como las políticas de *Desjudización* en Europa del Este (Rosenfeld, 2004, p.375). Posicionando como núcleo del proyecto una esencia profundamente judía que tenía que convivir con la nueva tendencia de universalización del Holocausto.

No obstante, esta etapa viene precedida de una nueva forma de observar la perspectiva identitaria del judío en Estados Unidos que se desarrolló a lo largo de la década de los setenta, momento desde el que la identidad pasó a estar más vinculada que nunca al discurso del Holocausto. Tanto para Finkelstein como para Novick, la re-introducción del Holocausto en la vida política y social de EE.UU. implicaba un cambio claro de las estrategias dentro de la Comunidad Judía, pues ya no se trataba de integrarse en la sociedad americana, como había ocurrido en los años cincuenta, sino de mantener su vigencia, la preeminencia de lo judío como cultura e identidad, y también su influencia política. Para conseguirlo, las élites judías llevaron a cabo el denominado por

la historiografía como el *giro hacia dentro* (*Inward turn*), que implicaba modificar las prioridades y pasar a defender, ante todo, los intereses judíos.

Esta postura, reconocida por todos los estudiosos del Holocausto y del mundo judío, se centraba en la idea de que lo judío en Norteamérica estaba en peligro ante una nueva ola de antisemitismo. Tal y como Novick (2007, p.199) lo expone, dicha ola no se centraba en una animadversión, sino en el desarrollo de políticas que no favoreciesen los intereses de la Comunidad. Esta nueva situación era producto de una supuesta indiferencia social hacia los judíos, y donde el Holocausto se aparecía como la mejor forma de contrarrestarlo, conectando la situación actual con el abandono que pudiera haber sufrido dicho colectivo durante la guerra. La idea, esgrime Novick, era la de representar a los judíos como un pueblo vulnerable en un ambiente hostil, porque, en efecto, la sensación era la de que la Comunidad Judía podía tener dificultades para sobrevivir dentro de Estados Unidos.

Según Küng (1998, p.383), existía una preocupación inherente por el futuro del judaísmo norteamericano en una época en que la Comunidad gozaba de una posición tan preeminente como exitosa. Dicha preocupación se basaba en dos modelos de crisis: el de identidad y el de continuidad. Respecto a la primera, Küng la achaca a la prosperidad material de la Comunidad Judía y a la polarización religiosa. Para Novick (2007, p.199) el problema radicaba en una falta de cohesión identitaria, razón por la cual el Holocausto iba a aparecerse como el elemento básico de comprensión y representación de la Comunidad Judía, que ya no se basaba en un espíritu integrador sino en la diferencia. Los judíos de Estados Unidos no se parecían ni en su religión, ni en rasgos culturales concretos que no compartiesen con otros norteamericanos, ni tampoco por su sionismo o apoyo a Israel, que resultaba desigual. Por esa razón, el Holocausto o más concretamente la huida de este que llevaron a cabo sus antepasados, reunió a la Comunidad Judía unificándola bajo el lema: *somos uno* en un grupo que giraba en torno a la construcción de una serie de memorias que definían su identidad colectiva (Novick, 2007, p.199).

Así, el Holocausto se conformó como el único vínculo identitario común y emergió como un símbolo que lidiase con la problemática de la continuidad, basada en una amenaza demográfica centrada en torno a tres procesos: la religiosidad en declive, el *asimilacionismo* y el aumento de los matrimonios mixtos. En ese contexto, la identidad judía basada en la memoria del Holocausto se iba a convertir en una de las principales bazas de la Comunidad en Estados Unidos, granjeándole su posición como la minoría más sobresaliente de la nación (Novick, 2007, p.199). Una minoría caracterizada por un modelo de norteamericano judío que podía ser tanto agnóstico como creyente, pero que asumía los principios básicos culturales de su comunidad.

Como resultado de ese proceso, la entidad judía se situaba fuera de Israel y la diáspora transnacional estadounidense se asentaba como ejemplo máximo de un modelo exitoso, basado principalmente en el recuerdo del Holocausto. Este modelo se establecería completamente en las siguientes dos décadas, siendo los ochenta el primer periodo donde la memorialización se popularizase a gran escala; culminando con la inauguración del Museo del Holocausto en Washington en 1993, el cual reuniría los grandes valores del discurso centrados alrededor del legado del recuerdo: testimonio, educación y derechos democráticos, fuertemente imbricados todos con los ideales estadounidenses.

De esta forma, observando la enorme y compleja evolución del discurso del Holocausto en Estados Unidos hasta 1980, se puede concluir que la Comunidad Judía vertebraba y funcionaba como elemento dinamizador de la vida política y cultural de Estados Unidos a varios niveles y en procesos y segmentos clave de su historia; si bien no siempre de forma evidente, sí lo suficientemente reconocible. Se encuentra una interrelación entre las orientaciones políticas estadounidenses, las necesidades judías y la respuesta pública de la Comunidad ya desde antes de la creación del lobby israelí; así como una progresiva inclusión de los intereses identitarios judíos en el contexto norteamericano, fuertemente vinculados con el desarrollo del discurso del Holocausto y su introducción en el discurso institucional de la nación. Algo que se puede comprobar tanto en la lucha anticomunista, como en su interrelación con otros procesos políticos y sociales en el panorama nacional. En esa estructura, el Holocausto evolucionó conceptualmente desde el territorio del silencio en la posguerra, hasta su reformulación como un concepto de hondo calado y de pleno establecimiento como una memoria norteamericana. Una memoria que reflejaba una

fuerte unión entre las realidades identitarias judía y norteamericana, en un sistema de valores y alianzas conjunto de largo recorrido durante la segunda mitad del siglo XX.

Bibliografía

- Carnagui, J. L. *et al.*: “El historiador tiene que hacer una historia crítica, no está al servicio de la memoria. Una entrevista a Enzo Traverso” [en línea], *FaHCE. Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, n°27 (2010), p.167-182. <<http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/n27a06>> [Consulta: 25/08/2014].
- Finkelstein, N.: *The Holocaust industry*, Londres: Verso, 2000.
- Glazer, N.: *American Judaism*, Chicago: The University of Chicago Press, 1957.
- Guardia, C. de la.: *Historia de los Estados Unidos*, Madrid: Sílex, 2012.
- Judt, T.: *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid: Taurus Historia, 2010.
- Küng, H.: *El Judaísmo*, Valladolid: Trotta, 1998.
- Lawson, T.: “Review of Mintz, Alan. Popular Culture and the Shaping of Holocaust Memory in America” [en línea], *H-Judaic. H-Net Reviews*, february (2003). <<http://www.h-net.org/reviews/showrev.php?id=7229>> [Consulta: 26/08/2014].
- Levi, P.: *The reawakening*, New York: Touchstone, 1995.
- Michman, D.: “Understanding the jewish dimension of the Holocaust”, en Cesarini, D. (coord.): *Holocaust vol.6. Critical concepts in historical studies*, London: Routledge, 2004, p. 311-339.
- Novick, P.: *Judíos, ¿vergüenza o victimismo?*, Madrid: Marcial Pons, 2007.
- Rosenfeld, G.: “The politics of uniqueness”, en Cesarini, D. (coord.): *Holocaust vol.6. Critical concepts in historical studies*, Londond: Routledge, 2004, p. 369-404.
- Traverso, E.: *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona: Herder, 2001.